

LA REVELACIÓN DEL DIOS ÚNICO COMO TRINIDAD

JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO, OAR

Dios es un misterio profundo. En el salmo 139 leemos: *“Tanto saber me sobrepasa, es sublime, y no lo abarco”* (139,6). Cuando los grandes místicos se han acercado hasta Dios, les han faltado las palabras. Aunque Dios sobrepasa nuestras imágenes y conceptos, sólo podemos hablar de Él sirviéndonos del lenguaje humano. Así sucede al hablar de la Trinidad, compendio de la fe cristiana. El mandato del bautismo, en boca del Señor resucitado, recoge la revelación de Dios trino: *“Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (Mateo 28,19).

Un Dios en tres personas. Así se dice en el prefacio de la fiesta de la Trinidad: *“Con tu único Hijo y el Espíritu Santo eres (Padre) un solo Dios, un solo Señor; no una sola Persona, sino tres Personas en una sola naturaleza”*. A partir de Jesús sabemos que Dios es eternamente diálogo, compañía, reciprocidad y que no es soledad ni silencio eterno. Una Trinidad que es donación porque *“Dios es amor”* (1 Juan 5,16) y, consecuentemente, vida, acción, entrega.

Se debe a san Agustín uno de los esfuerzos especulativos más grandes por pensar el misterio de la Trinidad. Su concepción de Dios tiene componentes filosóficos, mezclados con los bíblicos, que se refieren a la naturaleza divina. Esta concepción no sería la de san Agustín, ni tampoco la cristiana, si no se la considera afectada por una idea personal de Dios que tiene su origen en la revelación bíblica. Para san Agustín Dios no es *algo* – por muy grandioso y perfecto que se le pueda imaginar – sino *alguien* que es el ser, el inmutable, el bien y la verdad. Es el ser personal, el inmutable personal, el bien personal y la verdad personal. Su plenitud de ser coincide y se identifica perfectamente con su condición personal, mejor *tripersonal*. Estas notas lo distancian todavía más de toda la filosofía grego-latina, que no ve con claridad la condición personal del ser humano con sus implicaciones, y que, de ninguna manera, alcanza a verla en Dios.

Ahora bien, la condición personal de Dios es muy especial, del todo singular, puesto que la posee tres veces en número y en tres sujetos diferentes sin perder la unidad y unicidad de su naturaleza divina. Es el misterio de la Santísima Trinidad que nunca hubiéramos conocido si el mismo Dios no nos lo hubiese revelado. El Concilio Vaticano II comenta así la revelación de Dios: *“Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad... En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía. El plan de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente ligadas... La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre, que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y*

plenitud de toda la revelación" (CONCILIO VATICANO II, *Constitución dogmática sobre la revelación divina*, 2)

I. EL TRATADO "LA TRINIDAD" DE SAN AGUSTÍN Y SU FUNDAMENTACIÓN EN LA FE DE LA IGLESIA

DIVISIÓN Y CONTENIDO GENERAL DE LA OBRA "LA TRINIDAD"

Nuestra exposición de la doctrina trinitaria de san Agustín se va a centrar en su obra *La Trinidad*, en la que trabajó, a la vez que en otros escritos, durante unos veinte años, terminándola alrededor del 419-420. El mismo Agustín la considera como una obra muy laboriosa. Según uno de los grandes teólogos alemanes del siglo XX, M. Schmaus, es "*el más imponente monumento literario dedicado a la especulación teológica trinitaria*".

La obra se puede dividir en dos partes:

- La PRIMERA, que consta de los ocho primeros libros (I-IV sobre la doctrina de la Iglesia y de la Escritura, y los libros V-VIII que están dedicados a clarificar conceptualmente esa doctrina).
- La SEGUNDA, compuesta de los libros IX-XV, intenta acercarse al misterio con analogías tomadas de la creación, especialmente del alma humana.

Aunque el tema de la obra es la Trinidad, san Agustín intercala otros temas no directamente conectados con la misma pero que ilustran aspectos de la doctrina y vida cristiana. Se trata, en definitiva, de un enorme esfuerzo intelectual y vital para intentar entender, siquiera de un modo aproximado, y de formularlo en palabras, el misterio de los misterios que es Dios uno en naturaleza y trino en personas.

LA FE DE LA IGLESIA: TRES PERSONAS DISTINTAS PERO INSEPARABLES

Como se ha indicado, el punto de partida de la exposición agustiniana es la fe de la Iglesia en el Dios uno y trino. Esta regla de fe se concreta en la doctrina definida en el concilio de Nicea (año 325): "*El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son de una sola y misma sustancia, testificando con su inseparable igualdad la unidad divina; y que, por ello, no son tres dioses sino un solo Dios*".

a) Frente algunas herejías, hay que sostener que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son *realmente distintos entre sí*. El apoyo bíblico de esta afirmación está en la historia de la salvación. Según la doctrina de la Iglesia, que san Agustín hace suya, la Trinidad no se hizo hombre, no fue crucificada ni enterrada, ni resucitó ni ascendió a los cielos, sino sólo el Hijo. Tampoco fue ella quien, en el bautismo de Jesús, descendió sobre Él en forma de paloma y quien vino a los apóstoles el día de Pentecostés, sino sólo el Espíritu Santo. Finalmente, tampoco fue la Trinidad quien pronunció las palabras acerca de Jesús en su bautismo y en su transfiguración en el monte, sino sólo el Padre.

b) Pero estas divinas personas, que son distintas, son a la vez inseparables: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo "*como son inseparables*,

actúan también inseparablemente. Ésta es también mi fe, porque es la fe de la Iglesia católica" (*La Trinidad* 1, 4, 7).

San Agustín, que siempre es pastor, expone la doctrina trinitaria con la finalidad principal de atraer a la Iglesia a los herejes que han negado diversos aspectos en un tema tan principal y de tanta dificultad.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cómo divide san Agustín su obra *La Trinidad*?
- ¿En qué Concilio está formulada la fe sobre la Trinidad?
- ¿Qué aspectos fundamentales hay que precisar al hablar de la Trinidad?

II. LA TRINIDAD SE REVELA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

LA FUNCIÓN CENTRAL DE CRISTO EN LA REVELACIÓN DE LA TRINIDAD

El camino por donde san Agustín avanza para entender el misterio trinitario, en lo que es posible, es la historia de salvación que tiene su plenitud en Cristo. Los filósofos, en la búsqueda de Dios, sólo se apoyaron en su conocimiento racional, lo que les llevó a grandes errores. San Agustín, por el contrario, parte de Cristo según aparece en los evangelios, para con Él y desde Él, barruntar el misterio de un Dios que se presenta único en el Antiguo Testamento y trino en el Nuevo. Por eso en la obra *La Trinidad* se contiene abundante doctrina sobre Cristo. Dice Agustín: "Así, pues, nuestra ciencia es Cristo; nuestra sabiduría es igualmente el mismo Cristo. Él nos implanta la fe respecto a las cosas temporales; él nos ofrece la verdad sobre las cosas eternas. Por él avanzamos hacia Él; por medio de la ciencia de las cosas humanas tendemos a la sabiduría de las cosas divinas. No nos hemos de apartar del único y mismo Cristo, *en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Colosenses 2, 3)*" (*La Trinidad* 13, 19, 24).

Cristo es el que nos revela que Dios no es un ser solitario, sino que vive en sociedad, en la compañía de tres personas. La revelación mediadora de Cristo aparece así como el rasgo característico de la concepción agustiniana de la Trinidad. Por medio del papel central de Cristo, esta teología trinitaria está firmemente anclada en el Antiguo y el Nuevo Testamento donde aparecen las tres divinas personas interviniendo en la historia de la salvación de la humanidad.

Pero hay más: Gracias a Cristo, no solamente conocemos al Dios Trinidad, sino que además nos unimos a ÉL alcanzando la salvación. Dice un autor moderno: "*La referencia a la encarnación y a la cruz, y, con ella, a la resurrección, es para san Agustín el punto de partida indispensable para nuestro retorno a Dios; esto vale tanto en el plano del conocimiento como también en el plano de la salvación. Pues, en estos acontecimientos, se produce la sorprendente humillación de Dios (lo que con toda seguridad podría haber ocurrido de otro modo), la salvación de los pecadores y la revelación de*

toda la grandeza de su humilde amor" (COURTH, F., *Dios, amor trinitario*, p.182).

EL ESPÍRITU SANTO EN LA ACCIÓN SALVÍFICA DE LA TRINIDAD

1. La salvación operada por Cristo se aplica a cada persona por la acción del Espíritu Santo. Se ha opinado que san Agustín es "*el mayor tratadista del Espíritu Santo de la teología occidental*" (SCHÜTZ, C.).

Esto se debe, sobre todo, a que ha desarrollado su doctrina intratrinitaria del Espíritu Santo en estrecha conexión con la concepción de la Iglesia y de la gracia. San Agustín no entiende la vida de la Iglesia y la existencia cristiana sólo en referencia a Cristo, sino que también entiende una y otra como animadas por el Espíritu Santo, y a éste y a Cristo enlazados con el misterio trinitario de Dios.

2. Para san Agustín la característica especial del Espíritu Santo consiste en ser el vínculo de amor que une al Padre y al Hijo: "El Espíritu Santo es, pues, una cierta comunión inefable del Padre y del Hijo. Quizás su nombre sea debido a que el mismo término se puede aplicar al Padre y al Hijo. En efecto, en el Espíritu Santo se nombra en sentido propio lo que en el Padre y el Hijo se nombra en sentido general. También el Padre es ciertamente espíritu; también el Hijo es espíritu; santo es el Padre; y santo es el Hijo. Al utilizar, pues, un nombre que es común al Padre y al Hijo y que, por ello, es apropiado para indicar al Espíritu Santo como comunión entre ambos, se indica el don mutuo que es el Espíritu Santo"(cf. *La Trinidad* 5, 11, 12-16).

Lo que es el Espíritu Santo dentro de la Trinidad – don entre el Padre y el Hijo – se prolonga en la historia de la salvación, en la cual el Espíritu Santo es el don que Dios nos otorga. Existe, pues, una correspondencia entre la noción intratrinitaria del Espíritu Santo, considerado en su eternidad, con su función como don salvador para los fieles, que se produce en el tiempo y en la historia: "El Padre y el Hijo quieren fundar una comunidad entre nosotros y con ellos, con lo que les es común; mediante aquel don que les une (el Espíritu Santo) quieren llevarnos a nosotros a la unidad; es decir, mediante el Espíritu Santo que es Dios y don de Dios; por él nos reconciliamos con Dios, y por él somos colmados de gozo"(*Sermón* 71, 18).

Como dice el P. Congar: "*Para Agustín, el Espíritu es el principio de toda la vida según la gracia. Y no cesó de predicar, de exponer, de promover este principio*" (*El Espíritu Santo*, Barcelona 1983, p. 532). Para corroborar esta idea, entre tantos textos de san Agustín se podría citar el siguiente: "Pues Dios Espíritu Santo, que procede de Dios, al ser dado al hombre, enciende en él el amor a Dios y al prójimo; y él mismo es amor. Realmente, ningún hombre puede amar a Dios, si no es por Dios" (*La Trinidad* 15, 17, 31).

3. Para eso el Espíritu Santo desarrolla una continua actividad dentro de la Iglesia: "Lo que respecto al organismo humano es el alma, lo es el Espíritu Santo respecto al Cuerpo de Cristo, la Iglesia; el Espíritu hace en toda la Iglesia lo que hace el alma en todos los miembros de un

mismo cuerpo... Por eso, un cristiano católico vive mientras permanece unido al cuerpo de la Iglesia"(*Sermón 267, 4*)

La caridad fraterna nos garantiza la posesión del Espíritu Santo, por lo que en ese hecho se fundamentan las continuas exhortaciones de san Agustín a los fieles para que practiquen la concordia, la unidad en la caridad al servicio de la paz, así como la humildad: "Si, pues, queréis vivir del Espíritu Santo, guardad la caridad, amad la verdad, mantened la unidad, para llegar a la eternidad" (*Sermón 267, 4*). Y en otro pasaje: "Si quieres saber si has recibido el Espíritu Santo, pregunta a tu corazón, no sea que tal vez tengas el sacramento (de la confirmación) pero no su fuerza. Pregunta a tu corazón si hay amor al prójimo, y, entonces, no te preocupes, pues el amor no puede existir sin el Espíritu de Dios" (*Tratados sobre la primera Carta de San Juan, 6, 10*). Esta caridad fraterna suscitada por el Espíritu Santo, construye la unidad de la Iglesia causada por ese mismo Espíritu: "*Porque si se recibe el Espíritu cuando se está juntos, no es que haya un solo Espíritu porque hay un solo cuerpo, sino que hay un solo cuerpo porque hay un solo Espíritu de Cristo*" (CONGAR, Y., *El Espíritu Santo*, p. 219).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Por qué en el tratado *La Trinidad* se contiene abundante doctrina sobre Cristo?
- Relación de lo que es el Espíritu Santo dentro de la Trinidad y su función dentro de la Iglesia.
- El Espíritu Santo y la caridad.

III. LA POSIBLE EXPLICACIÓN TEOLÓGICA DEL MISTERIO DE DIOS TRINIDAD

SENTIDO Y FINALIDAD DE LA TEOLOGÍA TRINITARIA AGUSTINIANA

Para san Agustín, la teología trinitaria tiene un triple sentido:

- a) Apologético.
- b) Pastoral.
- c) Teológico.

a) Su esfuerzo apologético o de defensa de la fe se desarrolla, por un lado, frente al *modalismo*, y, por otro, frente al *arrianismo*. Una y otra herejía se colocan en posturas extremas y contrapuestas. El *modalismo* no distinguía realmente las divinas personas. Decía: No hay más que un solo Dios, una realidad divina, pero nosotros, según las circunstancias y nuestro modo de hablar, a esta realidad única e indivisible le damos tres nombres.

Otra solución inadecuada de la cuestión trinitaria es el *arrianismo*. Proclama que, propiamente, sólo el Padre es Dios, porque sólo el Padre es eterno, no engendrado. El Hijo ya no sería igualmente eterno y sin principio, sino una criatura perfectísima de distinta naturaleza que el Padre. Así amonesta san Agustín a sus fieles comentando el evangelio de san Juan:

"Fíjate en las personas, no las confundas. Distinguelas con la inteligencia no las separees pérfidamente, no sea que por huir de un extremo caigas en otro. Estabas a punto de ser devorado por las fauces de los sabelianos, si decías que el Padre era el mismo que es el Hijo. Ahora ya lo sabes: *No estoy solo, sino yo y el Padre, que me envió* (Jn 16, 32). Sabes que el Padre es el Padre y que el Hijo es el Hijo. Esto lo reconoces, pero no digas que el Padre es mayor y el Hijo es menor; que el Padre es el oro y el Hijo es la plata. Sólo hay una sustancia, una divinidad, una coeternidad, igualdad perfecta; no hay diferencia alguna. Pues si solamente crees que Cristo es otro distinto del Padre, pero no de la misma naturaleza, habrás salvado el peligro de un extremo, pero te has estrellado contra el otro extremo. Navega por el medio huyendo de uno y otro extremo... El Hijo es otro, porque no es el mismo que el Padre, y el Padre es otro, porque no es el mismo que el Hijo. Pero no es otra cosa, porque la misma cosa son el Padre y el Hijo. ¿Qué es esa misma cosa? Un solo Dios" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 36, 9).

La doctrina sobre la Trinidad de san Agustín se va configurando frente a estas dos herejías contrapuestas, y le dará oportunidad de precisar con exactitud algo tan misterioso como la *tripersonalidad* y la unidad esencial o sustancial en Dios a la vez.

b) Su trabajo pastoral también le impulsa a elaborar su doctrina trinitaria. Son los mismos fieles, más preocupados que hoy día sobre las cosas de la fe, los que le hacen preguntas muy comprometidas. No entendían que Agustín pudiera decir que "el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; y con todo, esta Trinidad no son tres dioses sino un solo Dios" (*La Trinidad* 1, 5, 8).

Otra pregunta que le hacían los fieles se refería al Espíritu Santo: a éste no le ha engendrado ni el Padre ni el Hijo ni ambos juntos; y no obstante, es el Espíritu del Padre y del Hijo. San Agustín trata de darles respuesta como pastor que se siente gravemente obligado a explicar la fe católica a sus fieles. "*Estimulado por tales preguntas, San Agustín trató de darles respuesta según sus posibilidades. Puesto que él ya llevaba tiempo ocupado con estas mismas preguntas, quería hacer a los fieles partícipes en su búsqueda de la verdad. Desde ese momento, su deseo y oración era avanzar él mismo con ellos en el conocimiento de Dios*" (COURTH, F., *Dios, amor trinitario*, Valencia 1994, p.179).

c) Como teólogo busca entender y explicarse la doctrina sobre la Trinidad para glorificar a Dios, para introducir más y mejor este misterio en su vida espiritual de cristiano, que después comunicará a sus fieles, para satisfacer sus íntimos deseos de conocer a Dios: "Buscarle para encontrarle y encontrarle para seguir buscándole" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 63,1; *La Trinidad* 9, 1, 1). Se puede decir, por tanto, que el esfuerzo intelectual de Agustín es un continuado ejercicio de amor a Dios.

Podemos decir, pues, que como teólogo, la motivación de su especulación trinitaria, no radica ni en la vanidad ni en una autosatisfacción intelectual, sino que está motivada por la búsqueda de Dios desde el amor, la oración y el estudio. Esta plural actitud es la que ha presidido e impulsado su magna obra *La Trinidad*. Lo indica Agustín al intentar comunicarnos la intención

de su obra: "Me inflamo en el amor de la verdad a indagar (la Trinidad), y me siento obligado por los que me asedian con el derecho de la caridad a que les indique las soluciones encontradas... Dónde me encuentro en este caminar, adonde he llegado y cuánto me falta para alcanzar el fin, es lo que desean saber de mí aquellos de quienes la caridad libre me hace humilde servidor. Es menester, y Dios me lo otorgará, que yo mismo aprenda enseñando a mis lectores, y al desear responder a otros, yo mismo encontraré lo que voy buscando. Tomo sobre mí este trabajo por mandato y con el auxilio del Señor, nuestro Dios, no con el afán de discutir autoritariamente, sino con el anhelo de conocer lo que ignoro discurrendo con piedad" (*La Trinidad* 1, 5, 8).

Esta es la actitud de "amador de Dios" (*La ciudad de Dios*, 8, 1) que impregna toda su filosofía y su teología. Es su gran lección a los teólogos de todos los tiempos: No se trata de conocer a Dios como si este conocimiento fuera un fin en sí mismo, menos aún como un intento de adquirir fama y alabanzas de los demás o de dominar a otros creyentes con las propias ideas, sino utilizar el conocimiento como un medio para amar a Dios y ayudar a fortalecer la fe y aumentar la caridad de los hermanos en la fe. Mucho mejor irían las cosas en la Iglesia si los teólogos hicieran suya esta humilde y sublime oración agustiniana que encontramos en el tratado de *La Trinidad*: "Dame la fuerza de buscarte, tú que te dejas encontrar y que me has dado la esperanza de poder encontrarte cada vez más. Ante ti está mi fuerza y mi debilidad; conserva aquélla, sana ésta. Ante ti está mi saber y mi ignorancia. Allí donde tú me has abierto, acoge a quien entra; allí donde has cerrado, abre a quien llama. Haz que me acuerde siempre de ti, te comprenda, te ame. Haz crecer todo esto en mí hasta que me transformes totalmente" (*La Trinidad*, 15, 28, 51).

LAS RELACIONES NOS HACEN VER LA DISTINCIÓN DE LAS TRES DIVINAS PERSONAS, SIN MENOSCABO DE LA UNIDAD DE SU ESENCIA O SUBSTANCIA

1. El concepto de *relación* fue mencionado de una manera más bien incidental por los Padres griegos (san Basilio, san Gregorio Nacianceno, san Gregorio de Nisa) para explicar la Trinidad. Pero la aplicación sistemática, profunda y pormenorizada del concepto de *relación* al misterio de la Trinidad, es una de las características más importantes y uno de los mayores méritos de la doctrina agustiniana trinitaria, que dejó como precioso legado a la teología occidental. El P. Congar, gran teólogo dominico francés ya citado, considera la doctrina agustiniana de la relación respecto del misterio de la Trinidad como "*simple, grandiosa y satisfactoria*" (*El Espíritu Santo*, 524). Escribe también un teólogo español contemporáneo: "*Un paso decisivo en la conexión más explícita entre las nociones de persona y relación se dará en la contribución de san Agustín*" (LADARIA, L. F., *La Trinidad, misterio de comunión*, Salamanca 2002, p. 71).

2. El problema está en cómo puede ser Dios uno en naturaleza y trino en personas. San Agustín encuentra un concepto que permite ver a las personas

como distintas pero sin que se rompa la unidad del ser divino: es el concepto de *relación*.

En todas las cosas hay accidentes, es decir, cosas secundarias, como ocurre, por ejemplo, en el ser humano, cuando nos referimos a la altura, el color, la mucha o poca fuerza, la habilidad, el peso, etc. de una persona; todo eso es accidental o secundario para que tengamos o no un ser humano. Pues bien, en Dios no hay accidentes, todo en él es sustancial: lo que podría en él ser accidental se identifica con su sustancia, con su mismo ser, porque Dios es un ser *simplicísimo*, debido a lo cual no se puede descomponer o destruir. Dice san Agustín: "Y en ese ser simplicísimo no es el vivir diferente del entender, como si pudiera vivir sin entender; ni es el entender diferente del ser feliz, como si pudiera entender sin ser feliz; sino que su ser es precisamente el vivir, el entender, el ser feliz" (*La ciudad de Dios* 8, 6).

Por lo tanto, cualquier cualidad que se aplique a Dios no será en grado accidental o secundario, sino que todo en Él es tan grande y perfecto que se identifica con su ser divino. Sin embargo – dice san Agustín – no todo lo que se aplica a Dios se dice en sentido sustancial, sino que a veces se le aplica alguna realidad en sentido relativo. Cualquier cosa que se diga de las cosas creadas se refiere a su sustancia o a algún accidente. Incluso las relaciones de amistad, parentesco, semejanza, igualdad, posición, etc. son cosas accidentales o secundarias para un ser humano, pues sin ellas sigue siendo ser humano, pero tratándose de Dios todo es sustancial, pues nada en él es cambiante y nada le puede faltar sin dejar de ser Dios; pero, sin embargo, el ser Padre, Hijo y Espíritu Santo, aun siendo sustancial a Dios, se dice en sentido relativo con respecto a cada uno de los otros dos.

Concretando: en Dios lo que se dice en sentido relativo no es accidental, porque nada hay mutable en él; y, a la vez, no todo lo que se le aplica se dice en sentido sustancial: "Se habla a veces de Dios según la relación. El Padre dice relación al Hijo, y el Hijo dice relación al Padre, y esta relación no es accidente, porque uno siempre es Padre y el otro siempre es Hijo" (*La Trinidad* 5, 5, 6).

3. Todos los autores ponen de relieve la importancia del concepto de relación, utilizado a fondo por san Agustín, en la explicación de la distinción de las personas sin destruir su unidad en una sola esencia o sustancia. Vamos a ver ahora algunos pasajes de distintos teólogos que nos van a ir permitiendo comprender la función de la relación en la Trinidad.

a) La relación, dice el teólogo alemán SEEBERG, citado por Courth (o. c., 186) es "*la línea más suave y delicada que se puede encontrar para marcar de algún modo las diferencias en el ser divino, sin alterar con ello su unidad con pesadas categorías*". En efecto, la noción de las personas divinas como relaciones nos hace ver que son *distintas*: "Pues ninguno de ellos es por sí mismo Padre o Hijo, sino que lo son el uno para el otro" (*La Trinidad* 5, 5, 6). Y aplicando también esto al Espíritu Santo, que recibe el ser divino del Padre y del Hijo, ninguno de los dos es por sí mismo dador o receptor, sino que lo son ambos para el otro; ya que no puede haber un dador sin receptor, ni éste puede existir como tal receptor sin el primero. Todo esto se concretó en la célebre fórmula agustiniana que se ha hecho clásica: "En Dios todo es uno,

excepto lo que se dice de cada persona con relación a las otras" (*La ciudad de Dios* 11, 10, 10). San Agustín, pues, identifica las relaciones con las personas divinas. Él tiene la capacidad "*para entender estas sutiles diferencias como realidades objetivas e identificarlas con las personas*" (SCHEFFCZYK, L., *Mysterium Salutis* II, Madrid 1969, 240).

b) COURTH dice también: "*Así, pues, los conceptos relacionales de Padre e Hijo permiten a san Agustín entender sobre todo a las personas trinitarias como relaciones. El Padre sólo lo es en relación con el Hijo, y éste sólo es Hijo en relación con el Padre. Lo específico del Espíritu Santo en este nudo de relaciones es el ser don mutuo del Padre y el Hijo, el vínculo amoroso que une a ambos*" (o. c., 187).

c) Finalmente, otro autor moderno nos describe la importancia de la relación introducida con todas las consecuencias por san Agustín en la teología acerca de la Trinidad: "*Donde llega a adquirir una importancia decisiva el concepto de relación es en la teología latina de Occidente. Aquí hay que mencionar a Agustín, que en su libro V, capítulos 6-13, de su obra La Trinidad, aplica ese concepto, cuando escribe: "Como el Hijo se relaciona con el Padre, así se relaciona el ser engendrado con el ser ingénito ... En su relación al Padre se llama Hijo ... Engendrado (el Hijo), no engendrado (el Padre)..., ambos conceptos se mueven dentro del modo de ser de la relación ... La Trinidad puede llamarse Espíritu Santo (refiriéndose al ser divino), mas cuando aplicamos la expresión como nombre propio es una designación relativa, pues, el Espíritu Santo está referido al Padre y al Hijo. Asimismo, Hijo es una expresión relacional como verbo e imagen". (AUER, J., Dios, uno y trino, Barcelona 1982, p. 321).*

d) A la vez que todo lo dicho, hay que recordar siempre que, a pesar de la distinción de las personas, se mantiene la *unidad* del ser divino, ya que esas relaciones en cuanto distintas no se dicen según la sustancia del ser divino, sino según la relación, y por eso esta sustancia se mantiene sin división y la misma (cf. *La Trinidad* 5, 5, 6).

LAS SEMEJANZAS DE LA TRINIDAD EN EL ESPÍRITU HUMANO

1. Otra característica fundamental de la teología trinitaria de san Agustín la constituyen las llamadas *analogías* o semejanzas por él descubiertas de cada una de las personas divinas con diferentes dimensiones de la interioridad del ser humano.

Ahora, no se trata ya de ver cómo se distinguen las personas sin menoscabo de la unidad del ser divino, sino de hacernos una idea, aunque sólo sea aproximada, de lo que son cada una de las personas divinas y su característica diferencial con respecto a cada una de las otras. Para ello san Agustín busca semejanzas en las cosas creadas, especialmente en la estructura tridimensional de la vida interior del ser humano. San Agustín parte de que en la Biblia se nos dice que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios (*Génesis* 1, 26). Desde ese supuesto, y en consecuencia, se lanza a indagar las profundidades de la interioridad espiritual humana para encontrar en qué radican y en qué consisten esa imagen y semejanza del Dios uno y trino constituidas en la naturaleza de su espíritu.

Ya en las *Confesiones* nos hace ver el sentido circular de la vida del alma, que nos permite hablar de tres dimensiones fundamentales distintas, pero que forman una unidad indivisible: "Ser, conocer y querer. Porque yo soy, y conozco, y quiero. Soy sabiendo y queriendo; sé que soy y quiero; y quiero ser y conocer" (*Confesiones* 13, 11, 12). En cada círculo he subrayado el primer elemento de la tríada para que sea vea que, por ser circular la vida espiritual humana, cada uno de sus tres elementos fundamentales se refiere a los otros dos, formando una unidad indivisible a la vez que son distintos. En lo cual estaría la imagen y semejanza de la Trinidad, que es una e indivisible pero que contiene tres personas distintas. Agustín considera que todos podemos hacer esa introspección dentro de nosotros y descubrir esa imagen y semejanza con la Trinidad. Pero, sin embargo, advierte: "Cada uno está delante de sí; atiende por tanto a sí mismo y háblame después. Y cuando hubiere hallado algo en esas cosas y hubiese hablado, no por eso piense ya haber hallado aquello que es inmutable sobre todas las cosas, y existe inmutablemente, y conoce inmutablemente, y quiere inmutablemente" (*Ibidem*). El misterio del Dios uno y trino siempre se mantiene y supera toda capacidad intelectual humana.

En la obra *La Trinidad* encuentra san Agustín otras analogías en el espíritu humano un tanto diferentes. Tenemos la trilogía *mente-conocimiento-amor*, de la que afirma: "Es una cierta imagen de la Trinidad la mente o intelecto, el concepto o idea que es su hijo y su palabra; y, en tercer lugar, el amor; y estas tres cosas son una sola sustancia" (*La Trinidad* 9, 12, 18). En la mente o intelecto estaría la semejanza del Padre, en el concepto estaría la del Hijo, y en el amor, la semejanza del Espíritu Santo.

También tenemos la tríada *memoria-inteligencia-voluntad*. Las tres constituyen una unidad esencial y una trilogía relativa. La memoria es la semejanza del Padre, la inteligencia lo es del Hijo, y la voluntad lo es del Espíritu Santo (cf. *La Trinidad* 10, 11, 17-19).

Por eso se dice que el Hijo procede del Padre por vía de conocimiento, mientras que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por vía de amor.

2. Las analogías o semejanzas que encuentra san Agustín en la interioridad del ser humano con respecto a la Trinidad, le permiten describir mejor las características personales que definen a las personas divinas y las distinguen entre sí. Apoyándonos en la explicación de la doctrina trinitaria de san Agustín, elaborada por un importante teólogo actual, vamos a ver esto referido al Espíritu Santo, que es la persona divina más difícil de describir: "*El Espíritu Santo es algo común al Padre y al Hijo, y este algo común es en definitiva la comunión eterna identificada con la caridad. Se ha indicado previamente que el Espíritu Santo es aquel en el que uno y otro se unen, en el que el Padre ama al Hijo y el que ha sido engendrado ama al que lo engendra (La Trinidad, 6, 5, 7). Así el Padre y el Hijo no se unen por uno de ellos dos, tampoco por una autoridad que les sea superior, sino por el Espíritu que no les es ajeno (La Trinidad, 6, 5, 7). La donación de este Espíritu en común, que para Agustín, como sabemos, lleva a la idea de la procesión en común, propicia también la concepción del Espíritu como comunión y amor de los dos, una comunión que sólo en esta procesión puede realizarse. El Espíritu Santo es común a los dos, y en cuanto es de los dos es llamado propiamente amor,*

caritas, que une al Padre y al Hijo (La Trinidad 15, 19, 37)" (LADARIA, L. D., La Trinidad. Misterio de comunión, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002, pp. 225-226).

QUEDA EL MISTERIO

El misterio de Dios como uno y trino siempre se mantiene a pesar de todas las explicaciones. El libro XV, último de su obra *La Trinidad*, lo dedica san Agustín, en gran parte, a poner de manifiesto la abismal diferencia entre las imágenes que hay en el alma humana y la realidad de la divina Trinidad. Recogemos un texto: "En la Trinidad excelsa, incomparablemente superior a todas las cosas, es tan acentuada la inseparabilidad que, mientras una trinidad de hombres no se puede llamar un hombre, en ella se dice y es un solo Dios, y la Trinidad no existe en un Dios sino que es un Dios. En esta imagen que es el hombre, aunque posee tres facultades, es una persona; mas no así en la Trinidad, donde existen tres personas: el Padre del Hijo, el Hijo del Padre y Espíritu del Padre y del Hijo" (*La Trinidad 15, 23, 43*).

Ya antes, en el libro V de la misma obra, nos hace ver el misterio trinitario en su sublime superioridad sobre la inteligencia. El misterio en la Trinidad consiste y está en que todo lo que sustancialmente se dice de Dios se dice en singular de cada una de las personas y también de la Trinidad: "Así decimos que el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y nadie duda que Dios sea sustancia; sin embargo, no hay tres dioses, sino un solo Dios, que es la Trinidad" (*La Trinidad 5, 8, 9*). Por consiguiente, el Padre es Dios entero y total, el Hijo es Dios entero y total, y el Espíritu Santo es Dios entero y total; y sin embargo, no son tres dioses sino uno solo que es la Trinidad.

Dicho de otra forma: Estas semejanzas encontradas en el espíritu humano nunca son las mismas en la realidad de la Trinidad. Ya que en ésta, al contrario de aquellas semejanzas, cada una de las personas divinas se identifica con el ser divino. Es decir, el Padre no es una parte del ser de Dios, sino todo el ser de Dios; el Hijo tampoco es una parte del ser de Dios, sino todo el ser de Dios; y el Espíritu Santo, asimismo, tampoco es una parte del Dios, sino todo el ser de Dios. Y, sin embargo, son tres personas realmente distintas. En todas estas afirmaciones verdaderas a la vez radica el misterio de Dios uno y trino.

Ese misterio es lo que pretende poner de relieve la célebre leyenda del niño encontrado por Agustín en la playa, que quería meter toda el agua del mar en un pequeño pozo que había hecho con sus manos: Ni siquiera en la gran inteligencia de Agustín, apostilla el ángel en forma de niño, cabe el misterio de la *triunidad* divina.

RESUMEN DOCTRINAL: HUMILDAD ANTE EL MISTERIO Y PLEGARIA

Lo que está escrito al final del tratado agustiniano sobre la Trinidad son tres cosas: a) un resumen de la doctrina trinitaria b) el humilde reconocimiento de que el misterio le sobrepasa; c) una hermosa oración.

a) Un resumen del dogma de la Trinidad, Dios uno y trino, y sus principales bases bíblicas: "Señor y Dios mío, en ti creo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No diría la Verdad: *Id, bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28, 19)*, si no fueras Trinidad. Y no mandarías a tus siervos ser bautizados, mi Dios y Señor, en el nombre de quien no es Dios y Señor. Y si tú, Señor, no fueras al mismo tiempo Trinidad y un solo Dios y Señor, no diría la palabra divina: *Escucha, Israel; el Señor, tu Dios, es un Dios único (Deuteronomio 6, 4)*. Y si tú mismo fueras Dios Padre y fueras también Hijo, tu palabra Jesucristo, y fueras también el mismo el Espíritu Santo vuestro Don, no leeríamos en las Escrituras canónicas: *Envió Dios a su Hijo (Gálatas 4, 4; Juan 3, 17)*; y tú, ¡oh Unigénito!, no dirías del Espíritu Santo: *Que el Padre enviará en mi nombre (Juan 14, 26)*; y: *Que yo os enviaré de parte del Padre (Juan 15, 26)*" (*La Trinidad 15, 28, 51*).

b) La humildad ante el misterio. Dialogando consigo mismo dice: "No puedes, lo sé no puedes fijar tu pupila en este misterio, ni percibirle con claridad y distinción. Digo la verdad; me la he dicho a mí mismo, sé que no puedo ... Mas ¿cuál es la causa sino tu flaqueza, de que no puedas mirar de hito en hito la luz? ¿De dónde te viene tan extremada miseria, sino de tu culpa? Y ¿quién sana todas tus dolencias, sino aquel que es propiciación por tus pecados? Cerraré, pues, este libro con el broche de la plegaria, no con la discusión" (*La Trinidad 15, 27, 50*).

c) Agustín recurre a la oración, consciente de que sólo con la ayuda de Dios ha podido decir algo no del todo indigno de Dios: "Fija la mirada de mi atención en esta regla de fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida en que tú me capacitaste, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe; y mucho especulé y me afané. Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; ansíe siempre tu rostro con ardor. Dame la fuerza de buscarte, tú que te dejas encontrar y que me has dado la esperanza de poder encontrarte cada vez más. Ante ti están mi fuerza y debilidad; conserva aquélla, sana ésta. Ante ti esta mi saber y mi ignorancia. Allí donde tú me has abierto, acoge a quien entra; allí donde has cerrado, abre a quien llama. Haz que me acuerde siempre de ti, te entienda y te ame. Haz crecer todo esto en mí hasta que me transformes totalmente" (*La Trinidad 15, 28, 51*).

Las últimas palabras de la ingente obra son las siguientes: "Señor, Dios uno y Dios Trinidad, cuanto con tu auxilio queda dicho en estos mis libros conózcanlo tus fieles; si algo hay en ellos de mi cosecha, perdóname tú, Señor, y perdónenme los tuyos. Así sea" (*La Trinidad 15, 28, 51*). Podrá sorprender que san Agustín pida perdón por si hay en la obra algo de su cosecha. Se entiende que pide perdón porque considera que todo lo que viene de él mismo no vale nada; sólo vale lo que, de una manera u otra (la Escritura, la Tradición, la iluminación de la gracia), viene de Dios. San Agustín después de haber hecho una ascensión dialéctica hasta la cima del espíritu,

donde brilla la imagen de Dios, experimenta su limitación, la distancia que le separa del misterio.

LA TEOLOGÍA DE LA TRINIDAD Y LA VIDA CRISTIANA

1. Se suele pensar que la revelación bíblica acerca de Dios Trinidad y la teología que intenta explicarla, por su dificultad y elevación, no influye ni puede influir en nuestra vida de cristianos. Sin embargo, la espiritualidad cristiana, que se basa en la liturgia, está impregnada de Dios Trinidad. La administración o confección de todos los sacramentos está presidida por la Trinidad divina. En la Eucaristía, por ejemplo, el Hijo se ofrece al Padre por medio del Espíritu Santo. Ya desde el comienzo se invoca a la Trinidad, y las oraciones se dirigen al Padre por intercesión del Hijo y con la fuerza del Espíritu Santo.

“En la liturgia de la Iglesia, la bendición divina es plenamente revelada y comunicada: el Padre es reconocido y adorado como la fuente y el fin de todas las bendiciones de la Creación y de la Salvación; en su Verbo, encarnado, muerto y resucitado por nosotros, nos colma de sus bendiciones y por él derrama en nuestros corazones el don que contiene todos los dones: el Espíritu Santo.

Se comprende, por tanto, que en cuanto respuesta de fe y de amor a las bendiciones espirituales con que el Padre nos enriquece, la liturgia cristiana tiene una doble dimensión. Por una parte, la Iglesia, unida a su Señor y ‘bajo la acción del Espíritu Santo’ (Lc 10, 21), bendice al Padre ‘por su don inefable’ (2 Co 9, 15) mediante la adoración, la alabanza y la acción de gracias. Por otra parte, y hasta la consumación del designio de Dios, la Iglesia no cesa de presentar al Padre la ofrenda de sus propios dones y de implorar que el Espíritu Santo venga sobre esta ofrenda, sobre ella misma, sobre los fieles y sobre el mundo entero, a fin de que por la comunión en la muerte y en la resurrección de Cristo-Sacerdote y por el poder del Espíritu estas bendiciones divinas den frutos de vida ‘para alabanza de la gloria de su gracia’ (Ef 1, 6)”. (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1082-1083).

2. En cuanto a la espiritualidad, es la más elevada la que a lo largo de la historia, y ciertamente en los casos más exquisitos, ha convertido en vida la doctrina trinitaria, que así se hace eco de los pensamientos de los grandes teólogos, especialmente de san Agustín. Sería equivocado, por tanto, pensar que la Trinidad es un misterio frío, un intento imposible por asomarse a la intimidad de Dios, un estrellarse ante lo incomprensible. Todo lo contrario, la Trinidad es la vida de Dios y la vida es comunicación. Dios es un absoluto de amor, es el amor total. Ama eternamente, se comunica eternamente, habla eternamente.

Así han *entendido* los santos a Dios y el modelo trinitario ha servido de referencia ejemplar en sus vidas. Tenemos el caso, de notable actualidad, de la beata Sor Isabel de la Trinidad. Su vida, en conformidad con su nombre, fue un intento, en gran medida conseguido, de presencia, diálogo y unión con Dios uno y trino. Como exponente de esa vida trinitaria tenemos la siguiente oración llena de sublime devoción:

"¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme totalmente de mí, para instalarme en Ti, inmóvil y serena, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, mi Dios inmutable, sino que cada momento me sumerja más adentro en la profundidad de tu Misterio. Pacifica mi alma, haz en ella tu cielo, tu morada más querida y el lugar de tu descanso ...¡Oh mis Tres, mi Todo, mi eterna Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo! Me entrego a Ti como víctima. Abístate en mí para que yo me abisme en Ti, hasta que vaya a contemplar en tu luz el abismo de tus grandezas" (Las páginas más bellas de Sor Isabel de la Trinidad, seleccionadas por Conrad Meester, Burgos 1999, 307-308).

Pero, para acabar, volvemos otra vez a san Agustín en un texto en el que, como es frecuente, se mezcla la filosofía con la teología y la espiritualidad convertidas en oración:

PARA ORAR CON SAN AGUSTÍN

¿Cómo eres, Señor?

Yo te imagino,

si es que así se puede hablar,
como un ser bueno sin cualidad,

grande sin cantidad,

creador sin necesidad,

presente sin ubicación,

mantenedor sin atavío,

omnipotente sin lugar,

eterno sin tiempo,

inmutable sin cambio.

El que así piense de Dios,

Aunque no llegue a descubrir lo que es,

por lo menos, evita con piedad,

pensar de Él lo que no es.

(La Trinidad 5,1,2).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Qué es lo que busca san Agustín como teólogo en el tratado *La Trinidad*?
- ¿Cuál es la función de la relación en la explicación de la Trinidad?
- Explica alguna de las imágenes y semejanzas que se encuentran en el espíritu humano respecto a la Trinidad.
- ¿Crees que es posible vivir la vida cristiana en diálogo con la Trinidad?

